

# EL REBELDE

SUSCRIPCIÓN AL MES, 0'30 PESETAS

PAGO ADELANTADO:

Número suelto, 5 CTMOS.

PERIODICO REPUBLICANO

SE PUBLICA LOS DIAS 4, 12, 20, Y 28 DE CADA MES

AÑO I NÚM. XXI

Director: MIGUEL CEGARRA

La Unión 4 de Junio de 1918

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: TETUÁN, 53

## Caciquismo

Malo, pésimo es el caciquismo, bajo cualquier aspecto que se manifieste; pero el que en la actualidad padecemos por esta tierra, es tortas y pan pintado con el que sufren los yeclanos, a juzgar por la información, que sobre este asunto publica nuestro querido colega madrileño «El País».

El caciquismo ciervista está tomando tremendas represalias con los que tuvieron la valentía de votar al candidato republicano y no al cuñado de La Cierva.

Y semejante pecado, acaso pueda perdonarlo el señor, el cacique; pero el siervo, el caciquista, ni lo olvida, ni lo perdona jamás. Si el elector contrario es un profesional, un industrial o un comerciante, se le envenenan los asuntos, se le promueven pleitos y se obliga retirarse a la clientela, hasta que se arruina y se le hace besar la correa, o abandonar el pueblo. Si es un obrero, se le niega el trabajo, se le asedia en los menores deslices, para encerrarlo en la cárcel y se le reduce a la más espantosa miseria.

Conocemos la vileza del procedimiento, porque, para deshonor de nuestro pueblo, lo hemos padecido durante muchos años, y lo que es peor, ahora que creíamos habernos curado de esa lepra, empieza a resurgir de nuevo.

Al decir del indicado colega, esto es lo que viene ocurriendo en Yecla, como consecuencia de la pasada elección para Diputados a Cortes.

Digno de lástima es el pueblo yeclano, [porque nos consta que el caciquismo ciervuno es de esos que aprovechan hasta los más pequeños detalles, lo minúsculo, lo insignificante, para infringir grandes daños a sus adversarios, a los no sometidos con humillaciones.

Ya les recomendamos a los yeclanos paciencia y valor cívico para contrarrestar la maléfica influencia de ese caciquismo.

## ¡Oh, la hidalguía española!

De protesta contra los torpedos últimos, que coincide con el refugio de submarinos alemanes en nuestros puertos, sirve este hermoso artículo de Unamuno, que tomamos de «El Mercantil Valenciano»:

Leo en un insignificante diario local una insignificante noticia de Zaragoza, una menuda gacetilla, pero altamente simbólica. La gacetilla dice: «En la carretera de Casablanca, un trabajador llamado Carmelo Sánchez,

recibió una pedrada en la cabeza que le hundió el parietal, hiriéndole gravemente. Ha sido detenido Ernesto Hagle, súbdito alemán, que se entretenía en tirar piedras con honda».

El suceso, como se ve, apenas interesa más que a Carmelo Sánchez y su familia; pero es altamente simbólico. Ese súbdito—no ciudadano—alemán se ejercitaba acaso en el manejo de la honda por si mañana u otro día tiene que lanzar con ella granadas de mano. En todo caso hacía ejercicio militar, y lo hacía en una carretera española, que es toda ella brégano, y sin cuidarse de qué por allí anduviese algún español. Si es que no tomó a éste, a Carmelo Sánchez, de blanco—sin conocerle, claro es—para ejercitarse en el tiro. ¿Es que un español y España misma pueden servir más que de blanco para que esos súbditos se ejerciten en sus artes?

Alguna vez hemos pensado que en el torpedeamiento de buques españoles, con el consiguiente asesinato de algunos de sus tripulantes, puede entrar por mucho el querer impedir lo que han declarado esos súbditos porque así se les ha antojado a sus dueños y señores—de que son esclavos—contrabando de guerra, pero que por algo debe de entrar también el deseo de ejercitarse en el torpedeamiento.

Una vez nos topamos en esta ciudad de Salamanca con un súbdito austriaco que, como alguien le hubiese tratado de espía, nos decía: «Espía? ¿Espía de qué? ¿Qué hay que espíar aquí? Y le contestamos: «No hace falta que por ahora necesiten ustedes espíar nada aquí para que usted y sus compatriotas y aliados, los demás súbditos, se dediquen al espionaje; es para ejercitarse en el arte; el espía hasta en el desierto espíará». Y que esos súbditos han tomado a España como campo de maniobras no cabe duda. Campo de espionaje, de soborno y de insolencia. Hay que oír a los vecinos de aquellas desgraciadas villas y ciudades en que están concentrados.

Después de hundir a mansalva buques españoles, cuando algunos de esos submarinos piráticos tiene que refugiarse de arribada forzosa en algún puerto español, como acaba de ocurrir en Cartagena, su tripulación, compuesta de súbditos a los que una criminal indisciplina les ha borrado la conciencia moral que pudieran haber tenido, se pasea por las calles de la ciudad, en vez de esconderse avergonzada. Y menos mal si no se encuentra con algún troglodita, con algún asesino, que les saluda reverentemente, o da un viva al kaiser o va a besarle la mano al comandante del barco pirático.

En el mismo atestado insignificante diario local leemos otra noticia telegráfica de Cartagena, que dice: «La oficialidad del submarino paseó por la población entre la indiferencia del público». ¡Entre la indiferencia! ¡Oh pueblo hidalgo! ¡Oh pueblo sufrido! ¿No será más bien envilecido? ¿Y si algún hijo, o padre, o hermano de alguno de

los muertos por esos súbditos de los submarinos hubiese permitido algún naturalísimo desahogo contra esos... paseantes, habría que haber oído a la envilecida prensa troglodita! ¡Cómo habrían invocado nuestra neutralidad. Esta neutralidad que no es ya más que cobardía y vileza, sino algo peor.

El actual ministro de Estado, índice el más claro del rebajamiento moral a que ha llegado España y de su absoluta falta de dignidad, ofrecía al diputado socialista Indalecio Prieto llevar al Congreso las Notas que España ha dirigido a Alemania por cada torpedeamiento; pero lo que no ofreció es llevar las contestaciones a esas Notas, ni siquiera dijo si las hay. ¿Para qué? Alemania tiene que ejercitarse en el manejo de su honda guerrera, y si en tal ejercicio se le hunda el parietal a España, la culpa es de ésta que no se aparta de la carretera.

Hay mentecatos que dicen que acabada la guerra, el imperio de los súbditos—no ciudadanos—nos indemnizará, y ampliamente, de todos estos daños, y hasta hay quien cree que la indemnización consistirá en ponernos bajo su protección, agregándonos a la Mittel Europa. Y hasta un... profesor que ha hablado de la era germano-ibérica. No es posible medir la ayección que ha llegado el espíritu público español. Y cuando acabe esto, nos despreciarán todos—y con justicia—; pero más especialmente los súbditos honderos y sus amos y señores. «¡Qué buenos, ¡qué sufridos!, ¡qué hidalgos son estos pobres españoles!», se dirán. ¡Oh, la hidalguía española!

Nos hundirán los barcos, nos matarán a sus tripulantes, o nos los apresarán, o los robarán, esparcirán impunemente por España sus mentiras todas, nos bloquearán si pueden, se valdrán de nuestros anarquistas para provocar conflictos, prepararán trastornos públicos para si les conviene, harán campañas políticas de difamación; pero... ¡oh, la hidalguía española!

Y luego se constituirán esos súbditos en una colonia masónica para envenenarlo todo, para intrigar y para procurar que se persiga al que diga a su respecto la verdad. Con un grotesco celo andan excitando el de nuestras autoridades para que no se falte al imperio que se ha puesto fuera de las leyes de la humanidad civilizada, de la civilización humana. Y todos esos súbditos repiten aquí, como papagayos, la bcción que les enseñaron; todos vomitan la especie que les empapizaron disciplinariamente. Porque otra cosa tendrán, pero lo que es juicio propio...

Mas ellos pueden pasearse arrogantes y hasta provocativos entre la indiferencia pública española, entre esa indiferencia que no es sino vileza y nada más. ¡Oh, la hidalguía española!

Miguel de UNAMUNO.

¡viva Marcelino Domingo!

## Caricias

¡Desengaño más profundo!  
¡Veo que en lo cierto estaba  
quien dijo que no se hallaba  
placer cumplido en el mundo!

Ordenó la presidencia  
del Congreso, sanear  
la Cámara popular  
fumigando con urgencia.

La noticia con gran gozo  
se recibió en la nación;  
pero ¡enorme decepción!  
nuestro gozo cayó al pozo.

Hay espíritus inquietos,  
pues piensan que en los escaños,  
sin fumigar tantos años  
hay microbios con bisnetos.

¿Por qué habrá sobre la tierra  
quien dude que es peligroso  
el tristemente famoso  
microbio de Sánchez-Guerra?

¿Y acaso será posible  
que esa misera caterva  
ponga en duda que la Cierva  
es un microbio terrible?

¿Pues y Maura? No comento,  
es un microbio hasta allí,  
el año nueve esta ahí  
con su progreso sangriento.

¿Pues y Dato Vaselina?  
¡Vaya un terrible vacilo,  
que con su aspecto tranquilo  
es pasta flora dañina!

Esta lista con exceso  
se me haría interminable,  
porque son innumerables  
los microbios del Congreso.

Por eso, con alegría  
recibí la buena nueva,  
pues gracias a Villanueva  
aquellos se sanearía.

Si con cuidado y presteza  
se hace la fumigación  
quedaría aquella mansión  
libre de tanta impureza.

Mas se hizo en el instante  
la operación eficaz;  
pero el microbio tenaz  
resistió al desinfectante.

¡Felicidad! ¡Leve espuma!  
¡sueño quimérico y vano  
que al cogerla con la mano  
un frágil soplo la esfuma.

De ese microbio la garra  
estará en el corazón  
de mi querida nación  
hasta que el pueblo lo barra.

Han dicho sabios doctores  
que contra la enfermedad  
reinante, conviene mucho  
aires puros respirar.

¡Bien está!  
Esta prescripción me aterra  
porque en La Unión (ya se vé!)  
de polvo al día tragamos  
un quintal, o dos, o tres.

¡Malo es!